

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## El maravilloso mago de Oz: El país de los Quadlings (22/24)

Los cuatro viajeros atravesaron sin inconvenientes el resto del bosque, y, al salir de sus umbrías profundidades, vieron ante ellos una empinada colina, cubierta de arriba abajo de grandes trozos de roca. —Será una dura subida—dijo el Espantapájaros—, pero de todas maneras hay que superar la colina. Así que él abrió camino, y los demás lo siguieron. Casi habían llegado a la primera roca cuando oyeron una voz áspera que gritaba: —¡Retrocedan! —¿Quién eres? —preguntó el Espantapájaros. Por encima de la roca asomó una cabeza, y la misma voz dijo: —Esta colina nos pertenece, y no permitimos que nadie la cruce. —Pero tenemos que cruzarla —dijo el Espantapájaros—. Vamos al país de los Quadlings. —¡Pero no lo harán! —replicó la voz, y desde detrás de la roca salió el hombre más extraño que los viajeros jamás hubieran visto. Era bastante bajo y robusto y tenía una cabeza grande, plana en la parte superior, sostenida por un grueso cuello lleno de arrugas. Pero no tenía armas en absoluto, y, al ver esto, el Espantapájaros no creyó que una

criatura tan indefensa pudiera impedirles subir la colina. Así que dijo:

—Lamento no cumplir tus deseos, pero debemos pasar por sobre tu colina, te guste o no —. Y audazmente caminó hacia adelante.

Como un rayo, la cabeza del hombre salió disparada hacia adelante y su cuello se estiró hasta que la parte superior de la cabeza, la parte plana, golpeó al Espantapájaros en el torso, haciéndolo rodar sin cesar colina abajo. Casi tan rápido como llegó, la cabeza volvió al cuerpo, y el hombre rió con aspereza mientras decía:

—¡No es tan fácil como crees!

Un coro de ruidosas risas vino desde las demás rocas, y Dorothy vio cientos de cabezas de martillo sin brazos en la ladera de la colina; una detrás de cada roca.

El León se puso furioso al escuchar las risas con que festejaban la caída del

Espantapájaros, y dando un fuerte rugido que resonó como un trueno, corrió colina arriba. De nuevo una cabeza salió disparada, y el gran León rodó colina abajo como si hubiera sido alcanzado por una bala de cañón.

Dorothy corrió a ayudar al Espantapájaros a ponerse en pie, y el León se acercó a ella, bastante magullado y dolorido, y dijo:



—Es inútil luchar contra gente que puede disparar su cabeza; nadie puede resistirlos.

—¿Qué haremos, entonces? —preguntó.

—Llama a los monos alados —sugirió el Leñador de Hojalata—. Todavía puedes darles una orden más.

—Muy bien —respondió, y poniéndose el gorro de oro pronunció las palabras mágicas. Los monos fueron tan rápidos como siempre, y en pocos momentos toda la banda estaba frente a ella.

—¿Cuáles son tus órdenes? —preguntó el Rey de los Monos, con una profunda inclinación.

—Llévanos sobre la colina hasta el país de los Quadlings —respondió la muchacha.

—Así se hará —dijo el Rey, y al instante los Monos Alados cogieron a los cuatro viajeros y a Toto en sus brazos y se fueron volando con ellos. Al pasar por encima de la colina, los Cabezas de Martillo aullaron con furia y dispararon sus cabezas al aire, pero no pudieron alcanzar a los Monos Alados, que llevaron a Dorothy y a sus camaradas sanos y salvos a través de la colina, dejándolos en el hermoso país de los Quadlings.

—Es la última vez que puedes llamarnos —dijo el líder a Dorothy—; así que adiós, y buena suerte para ti.

—Adiós, y muchas gracias —replicó la muchacha, y los monos se elevaron en el aire y se perdieron de vista en un abrir y cerrar de ojos.

El país de los Quadlings parecía rico y feliz. Había un campo tras otro de grano maduro, con caminos bien pavimentados que corrían entre ellos, y arroyos bastante ondulantes con robustos puentes que los cruzaban. Las

cercas, las casas y los puentes estaban pintados de rojo brillante, tal como habían sido pintados de amarillo en el país de los Winkies y de azul en el país de los Munchkins. Los mismos Quadlings, que eran bajos, regordetes y bonachones, estaban vestidos todos de rojo, que se veía brillante contra la hierba verde y el grano amarillento.

Los monos los habían dejado cerca de una granja, y los cuatro viajeros se acercaron a ella y llamaron a la puerta. Abrió la mujer del granjero, y cuando Dorothy pidió algo de comer, la mujer les dio a todos una buena cena, con tres tipos de pastel y cuatro tipos de galletas, y un cuenco de leche para Toto.

—¿A qué distancia está el castillo de Glinda? —preguntó la niña.

—No es un camino agradable —respondió la mujer del granjero—. Tomas el camino hacia el sur y pronto llegarás a él.

Dando las gracias a la buena mujer, se pusieron en marcha de nuevo y caminaron por los campos y cruzaron los hermosos puentes hasta que vieron ante ellos un castillo muy hermoso. Delante de las puertas había tres muchachas, vestidas con hermosos uniformes rojos con adornos dorados; y cuando Dorothy se acercó, una de ellas le dijo:

—¿Por qué han venido al País del Sur?

—Para ver a la Bruja Buena que gobierna aquí —respondió. —¿Me llevarías con ella?

—Dime tu nombre y le preguntaré a Glinda si desea recibirte.

Dijeron quiénes eran, y la joven soldado entró en el castillo. Al cabo de unos momentos, regresó para decirles que Dorothy y los demás serían recibidos de inmediato.